

POR EL ÁRBOL VERDE, POR EL RÍO AQUEL

Antología de cuentos y relatos cortos



José L. Aviles

POR EL ÁRBOL VERDE, POR EL RÍO AQUEL

Antología de
cuentos y relatos cortos

José L. Aviles

Prólogo

¿A qué hora del amanecer tenemos nuestro primer pensamiento?, ¿lo escuchamos?, ¿apartamos la vista de nuestros propios ojos? A lo largo de las horas del día, existe la posibilidad de decir miles y miles de palabras, cada una de ellas con un propósito en específico, quizás pedimos el almuerzo, recojamos un periodico del suelo y resolvamos el crucigrama de la semana, pero ¿a dónde van las palabras una vez que las hemos abandonado? Aquí, hay algunas de ellas, que tomaron un camino diferente para terminar con el mismo destino, así, en sus últimos intentos, nos ofrecen una moneda devaluada, sin rutina y con el ocio de quienes han decidido, descansar al sol.

Por una montaña muy grande

De camino a casa pude notar dos montañas, quizás tres, a lo largo de ellas recorren un sendero varias cabras, un pastor y su perro ¿qué más podía ver por mi ventana? Aprovechando los últimos rayos de sol, me empape con las deliciosas nubes del ocaso; una llovizna que las dejó confundir con otras gotas de agua, poco a poco el sol se va ocultando y las nubes se van apoderando del cielo, mi cielo...

Con mi destino muy lejos todavía, un par de ruedas se quedaron pinchadas, sin ninguna refacción hube de caminar bajo la lluvia que aún era reacia a caer completamente sobre mi. Conforme el frío iba más alto, la niebla cubrió el camino, ¿cómo ver más allá del espesor de tú par de ojos?, ¿cómo saber qué camino tomar? Por un momento, la desesperación de haber perdido el rumbo helaba mis manos, pero calentaba mis piernas, no esta(s), sin brújula, sin mapa, sin sendero. Pronto me vi rodeado por árboles, uno cada vez más alto que el otro, solo quiero encontrarte, mi camino a casa...

Por un instante, con la lluvia no dejando abrir mis ojos, lo vi, mi hogar. Entré dejando mi abrigo cerca de tú perchero favorito, huele delicioso, está de nuevo mi escritorio con una púrpura y tres amarillas, tus dibujos y un café con leche esperándonos en la mesita de pino. ¿Pero, dónde has dejado tú abrigo? ¿lo has colgado en el tocador o se te ha olvidado en casa de tu madre? ¿Pero, dónde has puesto tu taza si a ti también te falta la tuya? y yo... no quiero beber solo...

¿Cuánto tiempo pasó? ¿y hacía donde fui? Para entonces, la lluvia había parado, con mi solo abrigo roto para cubrir una herida, quizás a causa de aquella recaída. Mis pasos se inclinaban más y más ¿Pero qué caso tendría llegar a la cima de la montaña? Conforme mis piernas luchaban contra la espesa nieve que se iba acumulando bajo mío, noté que perdí mi lapicero y la bombilla, no tendría más luz y el oscuro de la montaña cada vez más me arrojaba consigo al estupor de sus brazos. ¿Hacía ya cuánto tiempo que caminamos? Otra vez, ¿hacía cuánto tiempo que caminamos juntos? Una vez más, ¿hacía cuánto tiempo que caminamos juntos por tu tierra? Muéstrame de nuevo el mapa que solo tu sabes guiarte con el sol. No me sueltes, que sin ti, la niebla me deja ciego y solo puedo saber donde estoy por el calor de tu mano. No me hagas falta, porque he encontrado tu taza en casa y está junto con la mía. No me alejes, encontré tu abrigo, ha estado junto con el mío y hoy es un día muy frío...

Déjame quedarme contigo hoy, pues nunca llegaré a lo alto de esta montaña, pero en casa, he dejado puesto el calor de nuestra chimenea, que solo ambos sabemos prender, quizás un día yo con la leña y tu con el fuego, quizás otro día tú con la leña y yo con el fuego. Quédate aquí cerca, que quiero verte de lejos ir, para verte regresar, pues están listas las tazas con café, un plato con frutilla en nuestra mesita de pino y listo el fuego; no la montaña, solo cerca de ella, te encuentro guiándome y el sol ha salido de nuevo, la niebla ha huido y estoy aquí, dandote la bienvenida.

Dios y la aguja

Una de las más grandes, cerca del pueblo de Salamanca, sus campanas daban el aviso que el sermón del sacerdote había terminado, listos todos para partir a casa, disfrutar de una buena cena y dormir con tranquilidad. El objetivo era verle, con los ojos cerrados, poder hablar con él sin necesidad de pronunciar una palabra, de esta manera se aseguraban que nadie escuchara los gritos que sus corazones nunca dejaban de emitir, ni siquiera el mío.

A menudo, pensaba en ello como una curación, pero contados fueron los días que pudo aliviar el frío de mi cuerpo y el ahogo de mi garganta; aliviar el dolor que seguía desde que llegué aquí, tras una historia que me era más que conocida y de la que pensé ya me había olvidado.

Llegamos a casa después de varios minutos, tras caminar cuesta arriba, normalmente no me era difícil, pero ir con una carga de leña en la espalda hizo que deseara rodar como un tronco cuesta abajo. En el hogar, nos esperaba don Vicente, a quien yo llamaba tío, pero mi madre me recordaba que solo era un amigo de la familia, al que desde hace varios años le habíamos dado cobijo, cada que preguntaba a madre por qué don Vicente no regresaba a su pueblo, ella siempre contestaba los mismo -ha tenido un momento difícil, ten paciencia. La presencia de mi tío en casa no me molestaba, usualmente me ayudaba con las tareas del hogar que a mi me daba pereza hacer, preparaba un estofado delicioso, si tan solo no lo quemara y escribía cartas todo el día. Entre mis curiosidades del día, intentaba robar una carta a vicente, para saber a quien eran dirigidas o al menos conocerlo mejor, pero era el más cuidadoso, me imagino que al ser su mayor secreto o quizás la mayor de sus penas, cuidaba de que yo y madre no lo viéramos escribir esas cartas, aunque en realidad sabíamos el momento en el que lo hacía, pues, tras la cena esperaba que madre fuera a dormir para apoderarse de la sala y el calor de la chimenea, aprovechaba el ruido del viento para disimular los sollozos y tras varias horas el mismo fuego que le daba luz a la tinta y el papel se atizaba. A pesar de que se esforzara por eliminar el rastro de las cartas, el olor a quemado y la ceniza de la alfombra era difícil de limpiar.

A la mañana siguiente de su tormenta, se levantaba más temprano que madre, ordeñaba las vacas para servirse su único vaso de leche caliente y volvía a su lugar en el ventanal. Madre insistía al tío a que la acompañara al centro del pueblo, hacer las compras y de esa manera tomar un poco más de aire, quizás pensaba que una larga caminata, haría que hablara más sobre su pasado, pero a pesar de la mejor de las intenciones, se rehusaba a salir más allá del corral, argumentando que era lento y por suerte, todos los días el dolor de sus pies era insoportable. Yo hacía lo mismo, le intentaba convencer de ir a escuchar el sermón del padre, idea que lo hacía enfurecer y terminaba con un jalón de orejas de madre. ¿Quién era don Vicente?, un amigo de la familia.

Se acercaban los días de invierno y las enormes grises en el cielo pronosticaban que habríamos de llevar más leña a casa. Ese día recuerdo a madre pidiéndome que me quedase en casa con Vicente, ya que ella se tomaría el día para visitar a su hermana al otro lado del pueblo y así traer fruta a ningún costo de sus huertos. La idea no me gustaba, el silencio de Vicente más que perturbar parecía aburrido y tener que cuidarle en sus idas a la cocina para evitar que rompiera algún trasto era una tarea cansada. Madre partió a medio día, dejándome la lista de deberes en la mesa del comedor, que seguramente don Vicente completaría antes que yo o eso creía, porque aquella mañana no había salido de la habitación, lo cual me dejó con un montón de trabajo. Conforme las horas pasaban, la presencia de don Vicente no figuraba en casa, hasta el punto de pensar que quizás por fin había decidido marcharse, sin ninguna explicación, lo cual no sería extraño tratándose de él, pero un

estómago vacío pesa más que la cruz de su mal humor y a media noche, escuché sus pasos del comedor hacia la sala, preparándose para el ritual, echando más leña al fuego, con el papel y su tinta olor a plomo. Me levanté para asegurarme que no dejara los platos sucios en la sala y que hubiera hecho un desastre al servirse la cena, no porque creyera que lo haría, en realidad quería verle escribir, al final habíamos compartido el mismo hogar durante tanto tiempo y al estar madre fuera, quizás, con un poco más de confianza, sería capaz de sacarle algunas palabras de aquella apretada corbata.

Me senté en el piso, a su lado y de frente a la chimenea, mientras él reposaba en el viejo sillón, pero esta vez, las hojas parecían estar en blanco y solo se preocupaba por mirar el fuego. Una palabra salió de su boca solo para pedirme que echara más leña a la chimenea, pues el frío en sus piernas le producía cierto dolor, al cabo de varios minutos, decidí irme a la cama y dejar a Vicente con su duelo nocturno entre sus ojos y el fuego. -¿Quién es Vicente?- le escuché decir -. Hace mucho que no pronunció ese nombre, ¿por qué ahora? Míralas allí, bailando, una ceniza entra, otra sale, quizás ellas sean Vicente, que dejó su tierra, pero ¿cuál tierra? Una que no conozco, que en mi delirio la recuerdo como el valle más bello de este país, el sol bailando sobre los árboles y las plantaciones de girasoles a lo largo de la llanura, ¿qué fue de mi? ¿Qué me queda en estas cartas si ya no es lo que fue? Aquel dice que un recuerdo feliz duele, pero la verdad es que el dolor del recuerdo, duele todavía...

Escuchar a Vicente por primera vez aquella noche me dejó pensando por varios días, queriendo saber más sobre el significado de sus palabras, nunca le conté a madre lo que dijo, no quería preocuparla o mejor, no quería que molestara a Vicente con un sin fin de preguntas. En el fondo entendía que no cursaba por un voto de silencio, percibía que lo que más quería era hablar sobre él, sobre quienes, sobre cuando y como fue que llego a mirar a través del ventanal, pero con cada palabra se sentía humillado por su semblante, reacio a mirarse en un espejo pero con la incapacidad de deshacerse, de abandonar aquello que tanto lo hacía sufrir, ¿qué le quedaba a Vicente sino el silencio? Tras el evento, los siguientes días, parecía esforzarse por caminar más allá del corral pero sin perder de vista la casa, ¿qué pretendía con aquellas salidas nocturnas?, ¿había abandonado sus cartas? Por un momento, parecía que Vicente estaba decidido a abrirse conmigo más que con madre, pensar que yo no sabría de qué hablaría, pero me temo que en su rostro notaba que cada esfuerzo por pronunciar unas cuantas palabras, cortaban de a poco su garganta. Un hombre viejo, con un corazón apretado con sus propias manos, así miraba yo a don Vicente, que nunca dejaría que nadie supiera que trenes pasaban por su cabeza, nadie preguntaría tampoco, ¿quién se preocupa por él?, ¿quién se preocupa por nosotros cuando el espejo se ha roto y recoger los fragmentos corta nuestras manos?

Una semana después, madre despertó asustada, gritando que Vicente se había ido, dejando la casa impecable, varios vitroleros con leche recién ordeñada. Su ida no me provocó tristeza, me molestaba el hecho de no haber escuchado más de él, pero la suerte vislumbro mis ojos y mientras madre salía al centro con la esperanza de encontrarlo deambulando por allí, pude notar en su habitación un pequeño baúl, el cual tenía varias cartas, hojas en blanco y botes de tinta.

¿A dónde fue?, ¿quién había vivido varios años en nuestra casa? Confundimos ser buenos samaritanos con formar parte de una familia, en su vida había tenido una, pero ni en sus más profundos pensamientos, pudo escribir sobre ellos, “duele todavía”, leía una y otra vez en aquellas hojas de papel, ¿cuántas vidas se necesitan para olvidar?, ¿cuánto tiempo podemos soportar en silencio?, ¿qué tanto soportaba Vicente dentro de su carne? A cada paso que daba, desde la colina hasta la llanura, el centro o por la capilla, a donde quiera que hubiera ido, nunca saldría de su hogar, pues el valle siempre lo acompañaría, pero desde hace años no ha dejado de estar nublado.

“En la tierra colorada, de dónde partí, al otro lado del puerto, los vi por última vez, preso de las consecuencias de mi corazón y la impotencia de mis acciones, pretendí llevar conmigo el recuerdo de sus caras, el recuerdo de sus risas y cuanto podría el calor de sus manos, en especial el tuyo, que en tanto tiempo me ha dado cuanto no pude yo por ti, lamentandome lejos de aquí, será el destino de los últimos años de mi vida, no volveré, pero me quedaré aquí donde plantamos aquel árbol de manzanas, cerca del río donde nos bañamos en verano, con los robles dando luz a nuestra cabaña. No volveré, pero no estarán lejos, conmigo o sin mi, sé que vivirán, sé que vivirás con el tifón de cerca de tus pestañas por mi partida, pero no tuve alternativa, he de ser un forastero insufrible, por donde quiera que vaya mi velo en el rostro no será recordado y las palmas de mis manos no me guiarán más que de regreso a ti, más no volveré, no puedo volver... El rastro, con las gotas de tinta tras de mí, dejó el camino de vuelta a casa como el recordatorio de donde una vez fue el más feliz, donde el olor a café y la leche caliente tapizaron mi alma que ahora no puede dejar de caminar sin rumbo. Más, ¿qué será de mí?, enterrando las cenizas de las palabras que ahora mueren en silencio, donde siempre pertenecieron, más, ¿qué será de ti?, que la marca de tus manos se quedaron en mi cara y ya no puedo ver mi reflejo sin verte a ti. Por el rincón más estrecho, entre mi nariz y mis orejas, entre mi barbilla y donde terminan mis patillas, allí me aguarda, con la humedad del aire, en cada bocanada del invierno, duele todavía...”

Partió otra vez, abandonando algo que no era suyo, tal vez para tomar un descanso. Madre aún conserva su sillón frente al ventanal, su sitio. Después de una temporada, aprendiendo a preparar el camino para próximas visitas, fue un 3 de octubre, de camino a la última ceremonia en el convento, dónde el sacerdote daba la despedida de prisa pues incluso para él, la hora de la cena era más sagrada que un minuto más de oración. En la ensoñación, recuerdo haber visto a don Vicente encender una de las velas, caminar lento hacia la puerta de salida, mirar hacia atrás solo para dar una leve reverencia. Deseaba tanto hacerle una pregunta para asegurarme que fuera él, ¿de dónde vino? y ¿por qué se fue? En contra de lo que él quería, no queme sus letras solo para reconocerlas si fuese necesario. Usted puede volver, no aquí, pero si allí donde hay un nuevo becerro, donde no hemos movido su habitación y he dejado las cartas en el baúl para que no piense que las he leído. En el fondo, don Vicente se quedaría en silencio un año más o quizás dos, hasta que encontrara un lugar donde reposar su cabeza y dejar el peso de aquello a lo que se aferraba, aunque fuera lo único que le quedara. ¿Quién era Vicente?, un amigo de la Familia.

Yo, Natalia, con el dolor en la mejilla

El ruido de las máquinas de vapor anunciaron la última salida de medio día, tendría que esperar varias horas en la estación, hasta el próximo tren. Pasé el primer cuarto de hora viendo a las demás personas, pensando sobre sus vidas, como luces de un edificio muy alto, en la historia que podrían contarme para no pensar en la mía propia, pero lejos de aquí, no de la estación, ¿pensarían en mí cuando fueran a cenar? Una silla vacía, quizás otra más lejos de la sala de estar, agujereada por el paso de los años, con la madera gastada por los rayos del sol o ya sepultada por el polvo en una habitación vacía. Al principio me miré a mí, sentada en aquella estación de tren, esperando el tiempo a hablarme, buscar por mí en cada rincón, en el cesto de basura o en el cenicero, entre las colillas de cigarrillos, aquella respuestas que tanto buscaba. Siempre ha sido demasiado tarde para redimirse, un colibrí parte cuando el viento le señala la huida, un lápiz cae al filo del escritorio y yo al borde de despertar de un hermoso sueño. Las palmas frías, el ruido de la prisa alrededor, ¿por dónde llegué...?

Al mismo tiempo que ocurrían en mis adentros, afuera la estación iba haciéndose cada vez más pequeña, con menos personas en quien distraer el temor por el frío. Con el equipaje ligero, tendría que caminar hacia el sitio de abordaje, levantarme de mi asiento para tomar otro, esperando que el extraño de al lado, fueras tu. Aún pienso en la última fiesta de navidad, con mi suéter morado, en medio de las celebraciones con el vaso de ginebra, ¿qué fue de aquellos instantes?, ¿siempre estuve esperando en la estación? El reproche de un músico que es tomado por intérprete, las mismas melodías que podíamos escuchar en otros lugares, de otros instrumentos, pero escogimos este, donde escapamos y no esperamos a que comience la ovación cuando ya nos levantamos a aplaudir. Toma mi mano, niega que la miseria de un hombre no se justifica ni se redime, ¿por qué me miraste de esa manera?, ¿por qué no me detuviste cuando me viste preparando mi maleta? Ahora, he olvidado el suéter morado, lo he dejado colgado, pero he dejado las instrucciones de la búsqueda del tesoro, solo para que tú lo encuentres, si consigues dar primero con el mapa. Hacía el ruido de las calderas preparando el motor, del carbón siendo arrojado por una pala, esperé dos minutos más antes de abordar, mirando alrededor, “sube conmigo, por favor”.

¿Estabas ahí? En sueño profundo, con la cabeza colgada cual péndulo, de un lado a otro, un viaje nocturno comenzó, no decidimos vernos en la cafetería del tren, fui yo para esperar que me ofrecieras otra ginebra, sin saber que no puedo beber alcohol. Se mueve una vez más y no puedo sostener mi cabeza, que vacila en asaltar la cabina para regresar y esperar un minuto más en la estación. Fíjate en el movimiento de mis manos cuando toman el vaso, como si fuera la primera vez, del néctar al me volviste adicta y que ahora desprecio por el paso del tiempo, el añejo olor a viejo del recuerdo, una madera a la que solo le quedan astillas, quizás el humo de un cigarrillo confundido con el aliento frío termine con la desesperación, parto hacia allá, donde termina la luz y comienza el espectáculo. Es el arte de sobrevivir al paso de los que van delante de mí, no soy yo la que debe de temer por los demás, pues ni siquiera estoy allí. Ahora, ¿quién me llamará al camarote?, ¿quién me dirá que el luto ha terminado desde hace ya varios años? Insensible es el aire que cuando más calor necesito sopla con más fuerza y mueve las nubes para hacerlas correr lejos de mí. ¿En qué vagón me senté? Todos son los mismos, vacíos, una suerte que nadie interrumpa mi descanso. “Despiértame, por favor”.

¿Qué tanto merecía una pesadilla como esta? Olvidé meter en las maletas más preguntas que no fueran esta. Fuera de aquí, me espera otra estación en la que no puedo esperar. Un evento fúnebre mi salida del tren, con el terror del momento en el que se detenga y den la señal de bajar pues alguien más tiene que ocupar el asiento en el que dormí. ¿Por qué he de irme en contra de mi voluntad? Una

vuelta más cual carrusel, escogeré al caballo, librarlo de su silla de montar, librarlo de mis órdenes pues irá a donde él le plazca, dejándome atrás, me ha dicho que no puedo acompañarle. ¿Dónde descansaré?, ¿quién me recogerá fuera de la estación?

Seguí por la escalera, hacía la puerta de salida.

Pasto Seco

Siempre fue a primera hora de la mañana, cuando aún la oscuridad de la madrugada se resistía a abandonarnos al cegador que haría que las voces se alzaran y comenzará el ruido. Esperaba unos minutos al borde de la cama, observando la camisa, el saco, los zapatos sucios por el lodo a la entrada de mi departamento, un periodico de hace una semana, con el crucigrama a medias y el comedor con los trastes sucios. El agua fría recorría mi cuerpo, sentir como se entumecen mis brazos y la respiración agitada, solo era el presagio de mis días, que a menudo ya había completado en sueños. Una camina a minutos, con el estómago vacío, no por la falta de apetito pero si por la concentración en el camino, tomaba el tren hacía el recinto donde daba mis clases de literatura, ¿habrían de escucharme hoy?, ¿qué de interesante rescataría de la desesperación por algo más allá en aquellas personas diminutas? Vería como pasaban las horas, con un libro al frente de mi cara, donde aún escuchaba las palabras de mi padre, diciéndome que hoy era mejor que ayer, que las flores en invierno celebrarían al terminar mi turno, acompañándome de vuelta a casa, pero, ¿dónde estoy...?

Los días nublados me ponían de buen humor, siempre a la espera de que la lluvia empapara todo lo que tenía y así se llevará lo que no. En el recuerdo, castigado por mi oficio, se me ofrecían las mismas historias, de eso se trataba, de recordar y recordar, torturar a mi mente con un pedazo de lo que fue y no era ahora, que el paso del tiempo me había jugado una mala broma solo a mi de entre tantos. “Tic, tac” y mis palabras tomaban el rumbo que les apetecía, de aquí para allá quedándome con la boca seca, ¿qué hay de beber? Reposaba mis labios en el café amargo, serpenteando los ojos de lado a lado, no estaba allí, me había quedado hace unos años atrás, al inicio de la temporada más hermosa del año, con los pastos verdes y el calor que nos abrazaba a ambos, sujetandonos al primer segundo de mirarnos los unos a los otro. ¿Qué hay en esos días que no hay ahora? Soñamos muy alto, pero yo me quedé únicamente con mi máquina de escribir, tecleando letra a letra lo que sería el resto de mis días; deje al borde de mis dedos, lo que era el contrato con mi estado ahora indiferente, ¿qué nos queda después de la decepción? Mirarnos al espejo, decimos una y otra vez que estas aquí y el tiempo no será malo mañana, apretar los dientes con tanta ira y comenzar a devorar los labios de adentro hacia afuera, ten cuidado con el cristal o esa cicatriz en la mano te recordará aquellos días en los que no tenías miedo y el ego se apoderaba de ti. Hablas una y otra vez de lo mismo, tanto que pierdes la noción del tiempo hasta que el salón está completamente vacío y la realidad vuelve a decepcionarte.

Salía a casa lo más tarde que me era posible, ahora no tomaba el tren de regreso, caminaba varias horas a casa para agotarme y perderme el programa nocturno. Tendría suerte si llegado a casa había perdido las llaves para entrar, así terminaría deambulando en la calle con la excusa de buscar aquellas que se habrían caído de mi bolsillo solo para vivir una aventura. Un paso aquí y seguían dos, el aire se hacía violento a cada que me alejaba más de lo que parecía ser mi destino, pero era un engaño, ¿Dónde era que deje los juguetes en el piso por última vez, esperando el regaño de mi madre para recogerlos?, “Tic, tac”, se me acaba el tiempo y mis piernas tiemblan mientras debajo mío la arena sube; se me acaba el tiempo y sé que nunca llegaré a tomarte de la mano otra vez, a beber una taza de té en el balcón de aquel palacio, ¿qué pasó por tu mente cuando me dejaste con la mano tendida...? Han estado en el otro bolsillo y he abierto la puerta.

Quizás sea una buena noche, quizás mañana me haya librado de todo o sea hora de una última vez en el cuarto de baño, con los grifos abiertos y la misma melodía sin fin. Nunca me ha tomado por sorpresa, pero la esperanza se me había incrustado muy en el fondo de mi pecho. Pasará y con ello, será mejor, no más tortura ni consuelo, compasion o lastima por los días venideros; sí esa taza de té muy cerca de la alfombra.

Recinto

Los días habían pasado más rápido con más gente en casa. Rentamos las habitaciones vacías para cubrir el préstamo del banco y así no ver más angustiada a mamá por las noches con su botella de licor a un costado, subir las escaleras y llevarla a cama me era difícil, pero entendía que era mi deber como su hijo, a pesar de no ser muy fuerte y llevar conmigo el peso del crucifijo que me diste antes de partir, ¿por qué es que te fuiste? No tengo idea, pero tampoco quiero saberlo ya.

Sin racimos en el altar

Aún recuerdo aquel jueves, cuando al salir de casa, como de costumbre, recogí el periódico, saludé al vecino estrechando su mano con mi derecha, pues en la izquierda solía llevar mi tan necesaria taza de café. Al regresar a casa, solo en el comedor, que se encontraba a un lado de la cocina, casi en su totalidad vacía debido al embargo de varios muebles, pensaba en lo que debía de hacer ese día, laburar como siempre en la oficina de correos, intentaría pedir aquel adelanto para pagar la renta de aquello a lo que llamaba hogar, pero en realidad solo me procuraba a la hora de dormir, por que el consuelo de una cena a luz de una vela, el calor de una chimenea y la tranquilidad tras el esfuerzo de un día de trabajo, al final, solo terminaban como un pequeño reposo alrededor de una hoguera, que me contaba las horas para despedirme de aquella luz, acariciada por el frío viento que entraba por esa ventana, que era imposible cerrar.

Transcurrían las horas y los intentos fallidos por ese adelanto que tanto deseaba. En mis bolsillos de mi abrigo, solo guardaba lo indispensable, la cuenta de la merienda para un par de semanas más, las hojas y el lapicero que mantenían mi cordura. Solía perderme en mi imaginación para pasar el rato, no soñando siendo un héroe o yo ganando un premio por el esfuerzo de seguir viviendo, más, de cómo toda esta situación se había solucionado en un abrir y cerrar de ojos; pagaría el alquiler, recuperar los muebles y así la habitación por fin recuperaría su compañía, tendría una mejor relación con mis colegas del trabajo y conseguiría la cita con aquella mujer de cabello corto. Pero me despertaba la hora de salida, ¿volvería a casa tan temprano? Ese día decidí tomar una caminata, quizás para buscar un poco de lo que había perdido en las calles de la ciudad, ¿qué se me ha arrebatado? ¿era yo la víctima de mi duelo? Paso tras paso, me decidí por un destino, el cementerio, hace ya tanto tiempo que aguarda por mí, pero incluso si quería, no podría pagar un espacio ni en la esquina más recóndita de aquella tierra.

Rodeaba los edificios y las calles a un paso muy corto y lento, como si el tiempo pudiera esperar por mí, detenerse un momento, verme a los ojos, pero no hacer o decir nada, solo observar cual era mi siguiente movimiento o si esta vez lo haría sonreír con mi cuerpo cayendo sobre el pavimento. Son los pasos cortos, lo que me llevaron a ese día, tan cortos para ser considerandos pasos, jadeantes para saber que al primero, ya había perdido el rumbo, así los latidos de mi corazón irán cada vez más lentos, pues al lugar a donde llegaría, no era necesario ni uno solo de esos. Los ecos en mis oídos, me recordaban un vida que ahora me era inexistente, aquel verano en el que te levanté entre mis brazos para darte vueltas antes de caer sobre el fresco pasto, húmedo por los rociadores de la noche anterior, reír, con el propósito de crear el mejor de recuerdo de mi rostro, pues sabía que lo olvidarías ese día que bajaste las escaleras para encontrarme ebrio y llorando en el piso de la cocina. ¿Me perdonarás? ¿Quién podría darme la redención antes de volver a tocar tu puerta? Puerta que toqué, que visite solo para ver que ya no estabas y que cual mago, el tiempo, te hizo desaparecer de casa.

Aumentaba el paso, corría, aumentaba mis latidos, apretaba los puños y los dientes, para evitar que el diluvio cubriera mi vista, ciego ahora, sería lo mismo, que los días no son míos, el forastero en su descanso no encontró lugar donde reposar su cabeza, te hablo desde el único sitio que encontré para dejar caer mis brazos. No, no me resigné al abandono, lancé la botella al mar en busca de ti. Si algo he de crear, es un árbol muy grande, en donde estará el columpio que te prometí, con un campo de flores alrededor, con los valles que dibujaste y cuyos dibujos siguen a un lado de mi escritorio.

Despierto, solo para darme cuenta, que el sueño terminó con ese puño de tierra. Gracias.

Memorias pocas o pocas memorias

Hoy me arrepiento de haber hablado. Las palabras poco a poco dejaron mi cuerpo. Pensaba, sentado en mi escritorio, con el humo alrededor, en mi amigo muerto del pasado, cuando más lo extrañé. Con las cartas en la mano abandoné la promesa de volver a vernos, pero hoy, pregunté por él, solo para recibir el mensaje de su madre, que no está más con nosotros y tampoco lo estará el año entrante. Una vida propia de un hombre como él, que a mi corta edad dejó atrás su oficina de correos, para recorrer el mundo en sueños, ir de aquí para allá con el fin de librarse de las consecuencias que le atormentaban. Así debió de ser para mí, la diferencia es que él tuvo el coraje y la determinación siempre en sus manos y yo... solo unas cuantas palabras.

Pienso en la recamara, sucia, llena de ceniza de la que no surgirá nada bueno más que el recuerdo de mi tiempo atrasado. El día que se fue para dejarme solo conmigo mismo, en un lugar donde se fugan los sueños una tarde de un día cualquiera. Perdemos el tiempo, pues no podemos hacer nada o eso me repetía a mí mismo, cuando, al borde del acantilado, había perdido mi fe de ser escuchado. Logré pedir ayuda en su momento, pero no se detuvo y me envolvió en sus brazos para dejarme en el mismo lugar. Cuento hasta 10 mientras cierro los ojos y las memorias no son más que una mala broma, orquestada, ¿para qué?, ¿para quién? Justifico los atardeceres, el polvo y el cansancio de los otros, ellos que salen del carbón, listos para cerrar su corazón y proveerse con sus propias manos. Siempre les he admirado, pues yo carecía de fuerza, con un cuerpo débil y enfermo no podía más que atenerme a mis pensamientos y esperar que las palabras, algún día, me dieran el pan.

Justo cuando pensabas que había terminado

Pasan los días, entre revueltas en el desayuno, decidiendo si es hoy en el que el pasado regresa para comprobar que estas en donde prometiste pasar el resto de tu vida, pero tus manos no se mueven y el frío sigue entrando por la ventana, el café no nos abraza más. Pienso en la vista perdida hacía aquellos árboles, mientras el tic va por un camino y el tac se queda conmigo, “pasará”, me digo a mi mismo, pero los pinos son cortados, las casas arden en llamas, tras el último fósforo, se van las sonrisas, los pedazos de cielo, las cobijas de anoche, la vida misma que se despidió de nosotros apenas nos soltamos de la mano.

Dejamos de tener prisa, para mantenernos en silencio y esperar por la vuelta.

Días de término

Con un poco de suerte los días terminaron antes de las dos, pero no sin antes darnos un abrazo, del sol, cálido como el hogar al que alguna vez pertencí. Ahora estaba sentado al frente de este escritorio, limpio, sin hojas tiradas por todos lados, no con la corbata como pañuelo para secar mi sudor, sin el cenicero haciendo brotar colillas de cigarro de su ser. Hoy nos despedimos sin caer en el recuerdo, solo nos ofrecemos una sonrisa, mientras nos apartemos el uno del otro.

Hay un lugar entre la tierra húmeda, donde un bolígrafo cayó sin más, en cuyo centro no cabe explicación, no necesita de una palabra de consideración y a menudo se mantiene en silencio. Cortamos ramas para prender el fuego antes de ahogarnos entre la tormenta de nieve. Ya es la hora de mi, de nosotros, pero no diremos nada, solo nos miraremos mientras caen una tras otra, para dar lugar, aquí, al mar que ahora nos separa. Esperaremos al encuentro de nuestros relojes, mientras nos desvanecemos en el deseo de apretar nuestros puños unos con los otros. Pero, ¿que fue de mí...?

Antes de la tierra, del fuego, del suspiro cada mañana, con los árboles apretados, con el alma fuera de mis manos, de sus manos. ¿Por qué? Por qué está ahí, mirándome una vez más y espiando el mensaje en la torre.

Abre los ojos y mira a tu alrededor, lo que dejamos tras la salida del último autobús. Son las horas en las que pensamos con la pluma sobre la cabeza, intentando recordar que nos trajo a huir de aquí. Pero pasa el tiempo y, ¿qué cura? Pasan los días y, ¿son diferentes? Vemos una vez más, tomamos lo primero que imaginamos, con la frustración de un niño, vuelvo a la pregunta infantil, ¿Por qué...?

Despedida o de soñar despierto

Acto I. ¿Mesa para dos?

Pienso en el tiempo, hablamos durante un minuto mientras damos uno, dos o tres pasos, cada uno delante del otro, quizás sean cuatro, cinco o seis, ¿deberíamos de seguir contando? Alrededor hay un sin fin de cuentos, relatos que esperan por ser escuchados, leídos, tapizados en los muebles de tu hogar. Cuando giramos y giramos hasta marearnos, al alzar la vista para quedarnos ciegos por un minuto tras ver el sol, al mirarnos al espejo contando siete, ocho o nueve lunares, en el día frío o el calor del momento. Están allí, buscando unos ojos, que puedan verlos antes de ocultarse tras aquella pared, para darnos lo suyo o lo que llaman “de qué hablar”. Pero dichoso cada grano de arena que cae en este reloj, “Tic, tac”, doy la vuelta, pues nuestra cita está a punto de comenzar, he llegado antes para dejar la sorpresa bajo la mesa. Contemos a lo lejos, sin pedir la entrada aún. En el lugar más alto, cerca de los pétalos de estas jacarandas, me atrevo a dibujarte con ayuda de las nubes, por aquí o por allá, en un espectáculo posible solo en los días que espero por ti.

Cuéntame otra vez la misma historia, dejame imprimirla una vez más con ayuda de ti. Entrelazamos nuestras manos para conocernos, dejamos las hojas, tinteros, un cepillo de dientes en su lugar, para correr y correr hacia los días en los que soñamos despiertos. Cuéntame lo mismo una y otra vez, que mi vela te dará la luz que cuidara tus ojos en las noches más oscuras, dándome las palabras, vocales, letras para colorear las blancas que llevo conmigo. Avistamos ahora la salida, en la proa del barco se levanta el viento en señal de partida, ¿hacia dónde nos dirigimos? Con el principio de un relato conocido, hablado y vivido, en las mayores hazañas, en la tristeza de un sueño lúcido, vemos más allá del bote en el que yo he bajado mientras tú subías las escaleras, “¡Atrapame!”, jugamos por un rato antes de volver al frente para ver al brillante derretirse en el mar. Dibujo una vez más en mi libreta, quizás un lienzo. Escucho una vez más, ¿cuándo será la última vez?, tómame de la mano y bailemos esta melodía que ambos conocemos, huyamos para no despertar de esta quimera tan hermosa. Preguntame que diré hoy antes de pensar en ti; preguntame que será del tiempo, de la espuma y las burbujas cuando soltamos nuestras manos, preguntame qué día es hoy que escucharemos que mañana nos encontramos de nuevo, con una carta lista, con el té a punto de ser servido, con la delicia de la mañana y el cálido de tus brazos al término del día. Hablemos hasta que el desierto nos cubra y nos obligue a buscarnos el uno al otro...

Con cada paso, con cada miedo que toma un poco de mi corazón, confío al recuerdo, a la memoria que me enseñe la misma fotografía sin darme el prematuro dolor de pecho, que en mí estas. Voltaré siempre hacía atrás, recordaré tu rostro cuando no te atrevas a mirarme. Dejemos los asientos vacíos, si así lo prefieres, aún no ha pasado la hora, pero agradezco que hayamos pedido, una mesa para dos...

Acto II. Altamar

Entre los meses más especiales del año, envolví varios de los regalos, listos para ser colocados debajo de aquel pino con luces relucientes, las esferas, los bastones de caramelo, la nieve falsa y lo más brillante, la estrella en la punta, observando como todo en casa, daba la sensación que debería de dar en un momento tan especial, ¿qué puede hacer a un momento tan especial para ser guardado en el recuerdo? Con los villancicos en un volumen adecuado, la cena estaba casi lista, me

parecía que sorprenderme con un abrazo, tras mío, hacía que bajaré un poco la calefacción, no necesitaba más calor que el tuyo.

Continuamos cocinando hasta que caí en cuenta, que había olvidado un vino para terminar lo que sería una noche mágica, así que tomé mi abrigo, la bufanda y los guantes. Afuera la nieve tenía consideración por los olvidadizos como yo, acostumbrada a caer de poco en poco, dejar ver el camino y reflejar las pequeñas luces de los hogares vecinos, más aún de una luna que se resistiría un par de semanas más a estar completamente llena. En mi camino a la tienda de conveniencia, pasé por aquel parque, con la banca en el mismo lugar donde, por primera vez, pude sentir la honestidad de nuestras manos, sosteniéndose con fuerza y delicadeza a la vez. Tome asiento por un momento, la nieve seguía cayendo, miraba a mi alrededor en busca de tu silueta en la luz, de tu presencia en aquella banca, tomar un minuto de tú preciado tiempo solo para escucharme decir lo que ya sabías, que el tiempo vuela a través de nuestras ventanas, dónde los girasoles se cubren del frío o los tulipanes se amedrentan para elegir quien será el último en florecer, acordar que visitamos los mismos lugares que vimos mientras la somnolencia nos hacía hablar sin cuidado. ¿Se ha acabado el minuto? Tomaría mi regreso a casa, esperando una hora a que el pavo saliera del horno, pateando el camino de nieve delante mío, miro hacía atrás, rogando que me sorprendas una vez más, derribame con la fuerza de tus brazos, gritemos y hagamos muñecos con esta nieve antes de que se derrita, tardemos otro minuto más para tomar la misma fotografía que llevo en mi billetera, tardemos lo necesario, en casa, he cocinando algo especial y lo regalos aguardan para ser abiertos a medianoche. Subamos a la terraza que construimos, veamos los fuegos artificiales hasta que terminen y cuando el sueño no haga caer en cama, prometo encender la chimenea. ¿Dónde fue que dejamos aquel libro con la fecha de hoy...?

Es sencillo perderse en la ensoñación, no miramos abajo con la intención de quedarnos allí, tomamos aire y dejamos que ellos hagan el resto, levantan nuestra mirada hacia las pequeñas brillantes de arriba.

Apagué las luces, esta vez dormiría temprano, pero esperaré por ti, en la mañana abriremos los regalos de navidad.

Acto III. Por favor

Pienso ahora en las palabras, constantes como siempre, escuchando desde la punta de nuestros labios hasta la cima de aquella montaña tan alta, podríamos esperar hasta que llegarán a nuestros oídos, pero prefiero salir en busca de ellas, evitar que escapen o mejor, que lleguen seguras a ti. Escribo, sé que muchas de las letras terminarán en el olvido, con las vidas llenas de obligaciones y la cuesta abajo haciéndonos rodar, llevándonos al fondo, ¿dónde encontraremos las burbujas que nos lleven a la superficie?, ¿qué sucede si nos quedamos sin el oxígeno? Esta mañana, antes de que salieran los primeros rayos del sol,

Granos de arena

Aquella noche terminamos de prepararnos para la tormenta, las noticias anunciaban fuertes lluvias, acompañadas de vientos rápidos, cada ciudadano debería de tener precauciones y guardar sus sombreros favoritos si no querían perderlo. Así, unas horas antes, recuerdo haber salido de casa para ver aquella enorme gris a lo lejos, esperando las horas para ser empujada sobre mi o sobre ellos, ¿había alguna diferencia? No lo creía, con el cabello suelto, podía empezar a notar como el viento levantaba el polvo, se llevaba una que otra hoja seca y hacía hablar a los árboles del bosque. Hubo de tranquilizar a los animales del granero, en especial a los caballos, que estarían a salvo dentro de los pequeños establos, unos con otros, quizá contarían una historia para hacer calmar a los más pequeños o cantarían una canción con el fin de hacerlos dormir.

Pensaba en el tiempo, pero no en el clima, hacía unos pasos delante, en el deseo de acercarme lo más que pudiera hacía ella, que ahora solo me miraba a mi, no estaba ahí para llevarme, pero si para darme el mensaje que hacía tiempo esperaba que no llegara. Ahora en mis manos, no, en mis ojos, con la vista y las gotas comenzando a caer. Olvide las llaves dentro de casa y ya todos se habían resguardado, grito a grito para lograr que alguien dentro me escuchara y así abriera la puerta, entraría, tomaría el café sin terminar de la mesa, me sentaría alrededor del calentador, esperaría a que dejara de buscarme. ¿Qué sucedería si nadie abría la puerta?, ¿cómo estaba seguro que era la correcta? Los minutos empujaban cada vez más, no me perdía la pista, debajo de un pino, subir al lugar más alto, no era bienvenido en el establo.

Con los segundos contados, recordé mis propias palabras, pronunciadas delante del espejo antes de salir a laburar, antes de echar los pasos a la calle en busca de ti. “No tengas miedo, lo inevitable es y luego no será, deberás apretar fuerte los puños o dejarte llevar por la gris que está aquí, solo por ti y por nadie más. Haz caso a los latidos de tu corazón, ellos te advertirán cuando no hayas de poder mirar atrás, respira hondo y no hables, que en el silencio encontrarás la fuerza que te separa del olvido y lo más importante, no cierres los ojo”. Contamos hasta diez con los dedos de las manos, escuché silbar al viejo del periodico con el buena nueva. Se trataba de mi, tiempo después de no haber regresado a mi hogar. ¿Recuerdas qué sucedió? Ya lo sabías, siempre lo supe. Esta vez, no cerré los ojos...